

COLECCION



TORRE DE
BABEL

SERIE

XXI

pedras verdes

LAURA ELENA CARNOVALE

PROLOGO: SERGIO DE MATTEO

POESÍA



Carnovale, Laura Elena

Piedras verdes / Laura Elena Carnovale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2017.

64 p. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla ; . serie XXI)

ISBN 978-987-3613-80-7

1. Poesía Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

JUNIO 2017

Diseño de tapa, *Serie XXI*; Patricia Bence Castilla
Fotos interior: Jimena Soledad Blanco e Iván Dario Olguín
Contacto con la autora: lecarovale@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

Laura Elena Carnovale

pedras verdes

-POESÍA-

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

SERIE XXI

ediciones ruinas circulares

ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE LA OBRA

LA INTENSIDAD DE LA POESÍA

Sergio De Matteo

“la única aproximación o explicación de un poema,
cuando uno lo ha leído, consiste en volver a leerlo de nuevo”

Roberto Juarroz

Leer y releer, aunque se sature el sentido, para poder aprehender el estilo. Encarnarse en el lenguaje de la poesía. Entonces, ¿desde dónde es posible hablar sobre lo poetizado?, o ¿cómo interpretar lo poético? Pues: leyendo de nuevo lo que se ha leído, nos advierte el poeta/filósofo. Indagar desde la resonancia que deja la lectura. Aproximarse. Hollar el poema. Trillar la huella que lleva al lugar que la poeta ha fundado simbólicamente: “A veces son/ tan extrañas las palabras/ que vuelvo a repetirlas/ para mí,/ una/ y otra vez/ para confirmar su significado”. El lector relee para explicarse el poema. La poeta escribe para comprenderse en el mundo.

Desde la invocación a la musa, a la tradición órfica, pasando por el sacerdocio druídico, el mito faústico, la teoría del duende, la carta del vidente, el chamanismo, hasta el esoterismo, han contaminado la historia y la práctica de la poesía. ¿Por qué se hace esta ilación respecto a la creación poética? Por lo que se propone y subyace en el nuevo libro de Laura Carnovale.

El ser es escritura. La poesía manifiesta esa ontología. El lenguaje es la casa del ser. La poesía será lenguaje de la experiencia espiritual, será metafísica. El mundo es la trama de signos que nutre a la poeta. Por eso, Carnovale reconoce que la poesía sopesa y tantea el universo, que se bulle en su propia lengua. Escribir es “Entrar al mundo, soplar la belleza”. El trabajo de sostener el funcionamiento de la casa y ver los días que pasan, uno tras otro, es una especie de anclaje donde se manifiestan y suceden las situaciones que se inmiscuyen en cada uno de sus versos.

Respecto a su primer libro, *Tengo un cielo en la cocina*, había dicho: “Se cuece en esta cocina carnovaleana el fuego de los cuerpos poéticos, para darle así asidero a la palabra y fundar la morada del alma, la casa del ser [...] Carnovale, desde su cocina habitada, invita al lector a una aventura en donde hierve el agua en las ollas, los sueños se materializan entre vapores, y las letras se comportan como condimentos de la vida”.

En sus versos irrumpen elementos que conforman su cotidianidad. Podría plantearse que hay una trayectoria dentro de su hogar que es posible asociarla a la *katábasis* griega. Un descenso al averno para entender la existencia: “¿Si escribir no es más que escurrirse en el agua/ canilla abajo?”. Ese abajo es interesante, porque ocurre en el ámbito familiar y sólo hay algún que otro atisbo o mención al exterior, pero resignificado desde el plano de los recuerdos. Esa excursión por el propio lar tiene dos o tres referencias fuertes que basculan entre lo material y lo inmaterial. El agua y la luz son convocados en varios de los poemas, alumbrando y purificando al ser, otorgándole liviandad al alma que asciende (*anábasis*) por el sendero temporal de la poesía, que es de carácter vertical. Cuando se descubre ese atajo espinoso, se recusa el tiempo que expolia y oprime, y se discierne el devenir de los otros, de la vida y del mundo. También las piedras (verdes) tendrán un protagonismo particular en este poemario, participan en la trama y la poeta va tejiendo nudo a nudo el instante de la fuerza íntima; es decir, serán esas piedras (del altar personal) la rueda del poetizar. “Para quien se espiritualiza –refiere Gastón Bachelard– la purificación tiene una suavidad extraña y la conciencia de la pureza prodiga una extraña luz”.

En consecuencia, la poesía no es simple expresión lingüística o fonética; implica un conocimiento que la convierte en emisaria a la poeta, en portadora de claves, que sólo funcionan en la ceremonia cuasi religiosa con que se invoca a las musas. Está imbuida de un

proceso misterioso, pero que no la sustrae del quehacer mundano. Ese cuerpo poético se alimenta del habitual roce diario. Carnovale abre una brecha en la rutina, halla su tiempo, porque sabe que cada vez que advoca a la palabra, se inicia un ritual.

Tengo un puñado de piedras verdes en mi mano.
Recuerdo beber del arroyo
siete tragos,
siete sorbos pidiendo agua
que me revele el secreto de lo no dicho.

Buscar el secreto por medio de la anunciación. Azucar lo no dicho. Escribir conlleva el íntimo acto ceremonial, el llamamiento y la experimentación del desenfreno razonado de todos los sentidos (Rimbaud). Apretar o sobar las piedras para que hablen. Entrar en trance: visionar. ¿Profetizar?

Bustriazo entrega su alma en la Salamanca para tener dominio sobre la palabra, para transmutarse en el Ghenpín. Carnovale elige las piedras. Y he aquí que resurge la noción clásica del poetizar como ritual del que se obtiene una compensación revelatoria. La liturgia dona en su transfiguración poética el libro *Piedras verdes*.

Hans Biedermann resalta en su Diccionario de símbolos: “El hombre necesita símbolos para entrar en el terreno de lo concreto, de lo palpable, que de otro modo no podría entenderse. Y cuando decimos ‘palpable’ usamos ya también un concepto simbólico, derivado de la mano que quiere tocar para poder apreciar más cabalmente una cosa”.

Laura Carnovale recoge las piedras (“No puedo dejar de mirar la piedra”), bebe agua, espiritualiza los elementos, los hace palpables, como la mismísima poesía cuando se inscribe. La poeta reclama por lo no dicho, lo por/venir, y a su vez declama, poetiza, pretende

describir la belleza (del mundo, de la vida); al igual que como lo instauró John Keats: "A thing of beauty is a joy for ever: Its loveliness increases; it will never". Más cerca en el tiempo puede leerse en el extraordinario *Paterson*, de William Carlos William, que "El rigor de la belleza es la búsqueda"; o la letanía matriarcal de Cristian Aliaga: "Belleza, belleza, entera madre que sacudes".

Carnovale se somete al rigor del poetizar, saborea la acritud de la palabra que no llega, pero avanza buscando, toca y desafía a la belleza ("No hay manera de pronunciar más belleza"). *Piedras verdes* es un espíritu vivo, el rescoldo de la poeta que se explora y apaga la tiniebla extrema, iluminando todo a su alrededor, brinda su figura secreta, se encrece plena: "Si desvestirse no es desnudarse/ ¿para qué escribir?".

La poesía más intensa es la de la carencia, la de la cosa ausente. Ese vacío hace que la palabra hable, que la poeta Laura Carnovale palpe (palpite) las piedras y vuelva a nombrar.

Santa Rosa de Toay, 16 de junio de 2017.

*a Ramiro, el duende que me sopló el título,
junto a la cascada del Arroyo Grande, en Quila Quina.*

Hoy tengo casi todas las palabras.
Pero me faltan casi todas.
Cada vez me faltan más.

Sólo la voz vacía
puede hablar del vacío.
O de su clara sombra.

Roberto Juarroz

1

Tengo un puñado de piedras verdes en mi mano.
Recuerdo beber del arroyo
siete tragos,
siete sorbos pidiendo al agua
que me revele el secreto de lo no dicho.

Tengo un puñado de piedras en mi mano,
piedras entre las piedras
que me miraron desde el fondo.
Y yo, que no sé mirar.

Corriente silenciosa que no dice y dice.

Piedras verdes
para buscar
el otro nombre de las cosas.

2

No voy a llamar rocío al rocío,
a esa gota que se desprende del filo de la chapa
y moja
el último cigarrillo del día.

Hay veces,
ciertas veces,
que la belleza pierde
la propiedad de las palabras.

Me pierdo
en el ruido de la mañana
y no es el silencio
aquello que extraño
sino
la que fui
cuando podía escribir versos
sobre los hilos de luz
que atravesaban los vidrios de la cocina.

Claridad
no te puedo leer.

4

Se mueve mi reflejo sobre la superficie.

Rastreo

los múltiples nombres de las cosas,
supongo ingenuamente,
que podré encontrarlos
pero corren, se ocultan
y me esquivan.

Yo sólo puedo seguir su huella por el camino del agua.

Es tan líquida, mi voz.

5

Estoy sobre la silla
con las manos cubriéndome los ojos
y debajo de la mesa
los restos de esta tarde
entre la tierra seca y las migas
que ni siquiera lame el perro.

Poco hay que ver
después del día
de cualquier día
debajo de la mesa
y de otras cosas menos importantes.

6

Paralizada
como la luciérnaga atrapada entre la gramilla
que enciende su luz y no,
que enciende su luz
y no.

7

Mientras lavo los platos pienso
en esas piedras que traje del arroyo
y guardo
en el movimiento circular
de todo lo que no puedo decir
en el poema que no me encuentra.

¿si escribir no es más que escurrirse en el agua
canilla abajo?

8

Prefiero las palabras que molestan
las que, juntas, hacen ruido
como las piedras
como mis piedras verdes.

Jamás aprendí a coser
ni quise.
Aprendí
a mirar fragmentado el cielo
a ensanchar el ojal
a descubrir el pulso de las palabras
y a respuntar cada una, con otra.

Pero hoy, no,
hoy
se me extraviaron
en algún rincón de la cocina,
deshilachadas
y rebeldes,
imposibles de enhebrar.

¿Debí oír a mi madre?

Algo de aquella insolencia,
esta mañana,
me pincha los dedos.

10

¿Está muerta la piedra?

La piedra seca de barro
con que construye el hornero su nido
la piedra limpia del agua.
la piedra fría de hielo.

La pequeña piedra,
ese escombros que fue otra casa
y hoy es parte de mi casa.

Cada una
sola y con otras,

piedras que cambian.

El silencio pende de mí
como una lámina blanca
de un cuadro que no es
sobre una pared
blanca.

Foto
Iván Darío Olguin
"Lihue"



(...) Carnovale se somete al rigor del poetizar, saborea la acritud de la palabra que no llega, pero avanza buscando, toca y desafía a la belleza (“No hay manera de pronunciar más belleza”). Piedras verdes es un espíritu vivo, el rescoldo de la poeta que se explora y apaga la tiniebla extrema, iluminando todo a su alrededor, brinda su figura secreta, se enrecesce plena: “Si desvestirse no es desnudarse/ ¿para qué escribir?”.

La poesía más intensa es la de la carencia, la de la cosa ausente. Ese vacío hace que la palabra hable, que la poeta Laura Carnovale palpe (palpite) las piedras y vuelva a nombrar.

Sergio De Matteo

